

EN MI DEBILIDAD
ME HACES
FUERTE

PASCUA OASIS 2020



Textos sobre la Resurrección

Pascua Oasis 2020

Es noche de vigilia

Esta noche es noche de vigilia.

El Señor no duerme, vela el guardián de su pueblo (cf. Sal 121,4), para sacarlo de la esclavitud y para abrirle el camino de la libertad. El Señor vela y, con la fuerza de su amor, hace pasar al pueblo a través del Mar Rojo; y hace pasar a Jesús a través del abismo de la muerte y de los infiernos.

Esta fue una noche de vela para los discípulos y las discípulas de Jesús. Noche de dolor y de temor. Los hombres permanecieron cerrados en el Cenáculo. Las mujeres, sin embargo, al alba del día siguiente, fueron al sepulcro para ungir el cuerpo de Jesús. Sus corazones estaban llenos de emoción y se preguntaban: «¿Cómo haremos para entrar?, ¿quién nos removerá la piedra de la tumba?...». Pero he aquí el primer signo del Acontecimiento: la gran piedra ya había sido removida, y la tumba estaba abierta.

«Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco» (Mc 16,5). Las mujeres fueron las primeras que vieron este gran signo: el sepulcro vacío; y fueron las primeras en entrar.

«Entraron en el sepulcro». En esta noche de vigilia, nos viene bien detenernos en reflexionar sobre la experiencia de las discípulas de Jesús, que también nos interpela a nosotros. Efectivamente, para eso estamos aquí: para entrar, para entrar en el misterio que Dios ha realizado con su vigilia de amor. No se puede vivir la Pascua sin entrar en el misterio. No es un hecho intelectual, no es sólo conocer, leer... Es más, es mucho más.

«Entrar en el misterio» significa capacidad de asombro, de contemplación; capacidad de escuchar el silencio y sentir el susurro de ese hilo de silencio sonoro en el que Dios nos habla (cf. 1 Re 19,12).

Entrar en el misterio nos exige no tener miedo de la realidad: no cerrarse en sí mismos, no huir ante lo que no entendemos, no cerrar los ojos frente a los problemas, no negarlos, no eliminar los interrogantes... Entrar en el misterio significa ir más allá de las cómodas certezas, más allá de la pereza y la indiferencia que nos frenan, y ponerse en busca de la verdad, la belleza y el amor, buscar un sentido no ya descontado, una respuesta no trivial a las cuestiones que ponen en crisis nuestra fe, nuestra fidelidad y nuestra razón.

Para entrar en el misterio se necesita humildad, la humildad de abajarse, de apearse del pedestal de nuestro yo, tan orgulloso, de nuestra presunción; la humildad para redimensionar la propia estima, reconociendo lo que realmente somos: criaturas con virtudes y defectos, pecadores necesitados de perdón. Para entrar en el misterio hace falta este abajamiento, que es impotencia, vaciándonos de las propias idolatrías... adoración. Sin adorar no se puede entrar en el misterio.

Todo esto nos enseñan las mujeres discípulas de Jesús. Velaron aquella noche, junto la Madre. Y ella, la Virgen Madre, las ayudó a no perder la fe y la esperanza. Así, no permanecieron prisioneras del miedo y del dolor, sino que salieron con las primeras luces del alba, llevando en las manos sus ungüentos y con el corazón ungido de amor. Salieron y encontraron la tumba abierta. Y entraron. Velaron, salieron y entraron en el misterio. Aprendamos de ellas a velar con Dios y con María, nuestra Madre, para entrar en el misterio que nos hace pasar de la muerte a la vida.



Pascua florida

La bella flor que en el suelo
plantada se vio marchita
ya torna, ya resucita,
ya su olor inunda el cielo.

De tierra estuvo cubierto,
pero no fructificó
del todo, hasta que quedó
en un árbol seco injerto.
Y, aunque a los ojos del suelo
se puso después marchita,
ya torna, ya resucita,
ya su olor inunda el cielo.

Toda es de flores la fiesta,
flores de finos olores,
más no se irá todo en flores,
porque flor de fruto es ésta.
Y, mientras su Iglesia grita
mendigando algún consuelo,
ya torna, ya resucita,
ya su olor inunda el cielo.

Que nadie se sienta muerto
cuando resucita Dios,
que, si el barco llega al puerto,
llegamos junto con vos.
Hoy la cristiandad se quita
sus vestiduras de duelo.
Ya torna, ya resucita,
ya su olor inunda el cielo.

Juan de Salinas y Castro

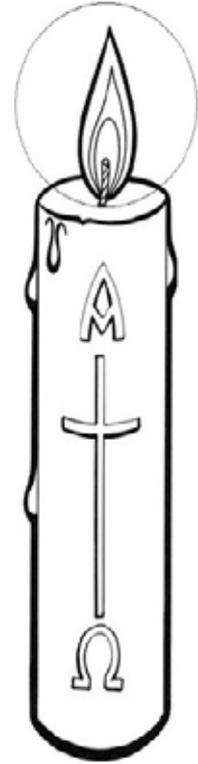
Sábado de Gloria

Sábado.
¡Ya Gloria aquí!
Maravilla hay para ti.
Sí, tu primavera es tuya.
¡Resurrección, aleluya!
Resucitó el Salvador.
Contempla su resplandor.
Aleluya en esa aurora
que el más feliz más explora.
Se rasgan todos los velos.
Más Américas, más cielos.
Ha muerto, por fin, la muerte.
Vida en vida se convierte.
Explosiones de esperanza.
¡A su forma se abalanza!
Por aquí ha pasado Aquel.
¡Viva el Ser al ser más fiel!
Todo a tanta luz se nombra.
¡Cuánto color en la sombra!
Se arremolina impaciente
la verdad. Triunfe el presente.
Alumbrándome fulgura
ya hoy mi suerte futura.
Magnífico el disparate
que en júbilo se desate.
El Señor resucitó.
Impere el Sí, calle el No.
Sí, tu primavera es tuya.
¡Resurrección, aleluya!
Sábado
¡Gloria!
Confía
toda el alma en su alegría.

Jorge Guillén

La eterna luz

“Insiste san Pablo en el triunfo de Cristo y en su imperio sobre la creación entera. (...) El que ahora se hace servidor del hombre es el fuego, “este nuevo fuego que para nuestro uso hemos hecho brotar del pedernal”, y que se convierte en servidor de Dios, contribuyendo a que Dios “encienda en nosotros deseos tan santos que podamos llegar con el corazón limpio a las fiestas de la eterna luz”. (...) La cera, a su vez, resulta ahora una criatura renovada. Se devolverá al cirio el sagrado papel de significar ante los ojos del mundo la gloria de Cristo resucitado. Por eso se graba en primer lugar la cruz en el cirio. La cruz de Cristo devuelve a cada cosa su sentido. El canon de la misa romana expresa bien esta universalidad del gesto de la redención, cuando dice: “Por él (Cristo) sigues creando todos los bienes, los santificas, los llenas de vida, los bendices y los repartes entre nosotros”. Al grabar la cruz, las letras griegas Alfa y Omega también las cifras del año en curso, el celebrante dice: “Cristo ayer y hoy. Principio y fin. Alfa y Omega. Suyo es el tiempo. Y la eternidad. A él la gloria y el poder. Por los siglos de los siglos. Amén”. Así expresa el celebrante con gestos y palabras toda la doctrina del imperio de Cristo sobre el cosmos, expuesta en san Pablo. Nada escapa a la redención del Señor, y todo, hombres, cosas y tiempo están bajo su potestad.”



Adrien Nocent. Celebrar a Jesucristo.

La tumba vacía

Homilía del Papa Francisco en la Vigilia Pascual 2018

Esta celebración la hemos comenzado fuera... inmersos en la oscuridad de la noche y en el frío que la acompaña. Sentimos el peso del silencio ante la muerte del Señor, un silencio en el que cada uno de nosotros puede reconocerse y cala hondo en las hendiduras del corazón del discípulo que ante la cruz se queda sin palabras.

Son las horas del discípulo enmudecido frente al dolor que genera la muerte de Jesús: ¿Qué decir ante tal situación? El discípulo que se queda sin palabras al tomar conciencia de sus reacciones durante las horas cruciales en la vida del Señor: frente a la injusticia que condenó al Maestro, los discípulos hicieron silencio; frente a las calumnias y al falso testimonio que sufrió el Maestro, los discípulos callaron. Durante las horas difíciles y dolorosas de la Pasión, los discípulos experimentaron de forma dramática su incapacidad de «jugársela» y de hablar en favor del Maestro. Es más, no lo conocían, se escondieron, se escaparon, callaron (cfr. Jn 18,25-27).

Es la noche del silencio del discípulo que se encuentra entumecido y paralizado, sin saber hacia

dónde ir frente a tantas situaciones dolorosas que lo agobian y rodean. Es el discípulo de hoy, enmudecido ante una realidad que se le impone haciéndole sentir, y lo que es peor, creer que nada puede hacerse para revertir tantas injusticias que viven en su carne nuestros hermanos.

Es el discípulo atolondrado por estar inmerso en una rutina aplastante que le roba la memoria, silencia la esperanza y lo habitúa al «siempre se hizo así». Es el discípulo enmudecido que, abrumado, termina «normalizando» y acostumbrándose a la expresión de Caifás: «¿No os parece preferible que un solo hombre muera por el pueblo y no perezca la nación entera?» (Jn 11,50).

Y en medio de nuestros silencios, cuando llamamos tan contundentemente, entonces las piedras empiezan a gritar (cf. Lc 19,40)[1] y a dejar espacio para el mayor anuncio que jamás la historia haya podido contener en su seno: «No está aquí ha resucitado» (Mt 28,6). La piedra del sepulcro gritó y en su grito anunció para todos un nuevo camino. Fue la creación la primera en hacerse eco del triunfo de la Vida sobre todas las formas que intentaron callar y enmudecer la alegría del evangelio. Fue la piedra del sepulcro la primera en saltar y a su manera entonar un canto de alabanza y admiración, de alegría y de esperanza al que todos somos invitados a tomar parte.

Y si ayer, con las mujeres contemplábamos «al que traspasaron» (Jn 19,36; cf. Za 12,10); hoy con ellas somos invitados a contemplar la tumba vacía y a escuchar las palabras del ángel: «no tengáis miedo... ha resucitado» (Mt 28,5-6). Palabras que quieren tocar nuestras convicciones y certezas más hondas, nuestras formas de juzgar y enfrentar los acontecimientos que vivimos a diario; especialmente nuestra manera de relacionarnos con los demás. La tumba vacía quiere desafiar, movilizar, cuestionar, pero especialmente quiere animarnos a creer y a confiar que Dios «acontece» en cualquier situación, en cualquier persona, y que su luz puede llegar a los rincones menos esperados y más cerrados de la existencia. Resucitó de la muerte, resucitó del lugar del que nadie esperaba nada y nos espera —al igual que a las mujeres— para hacernos tomar parte de su obra salvadora. Este es el fundamento y la fuerza que tenemos los cristianos para poner nuestra vida y energía, nuestra inteligencia, afectos y voluntad en buscar, y especialmente en generar, caminos de dignidad. ¡No está aquí...ha resucitado! Es el anuncio que sostiene nuestra esperanza y la transforma en gestos concretos de caridad. ¡Cuánto necesitamos dejar que nuestra fragilidad sea ungida por esta experiencia, cuánto necesitamos que nuestra fe sea renovada, cuánto necesitamos que nuestros miopes horizontes se vean cuestionados y renovados por este anuncio! Él resucitó y con él resucita nuestra esperanza y creatividad para enfrentar los problemas presentes, porque sabemos que no vamos solos.

Celebrar la Pascua, es volver a creer que Dios irrumpe y no deja de irrumpir en nuestras historias desafiando nuestros «conformantes» y paralizadores determinismos. Celebrar la Pascua es dejar que Jesús venza esa pusilánime actitud que tantas veces nos rodea e intenta sepultar todo tipo de esperanza.

La piedra del sepulcro tomó parte, las mujeres del evangelio tomaron parte, ahora la invitación va dirigida una vez más a vosotros y a mí: invitación a romper las rutinas, renovar nuestra vida, nuestras opciones y nuestra existencia. Una invitación que va dirigida allí donde estamos, en lo que hacemos y en lo que somos; con la «cuota de poder» que poseemos. ¿Queremos tomar parte de este anuncio de vida o seguiremos enmudecidos ante los acontecimientos?

¡No está aquí ha resucitado! Y te espera en Galilea, te invita a volver al tiempo y al lugar del primer amor y decirte: No tengas miedo, sígueme.

REFLEXIONES EN TORNO A LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

El centro y el fundamento de nuestra fe cristiana es que Cristo ha resucitado: «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe... ¡Pero no! Cristo resucitó de entre los muertos...» (1 Cor. 15, 14.20).

El contenido de la fe cristiana está expresado en el Credo. **Creemos que Cristo ha resucitado**, y a partir de ahí creemos en su persona, en su mensaje, en su muerte redentora, etc...

Y todo esto lo creemos **porque Cristo ha resucitado**. Si no hubiera resucitado, Jesucristo sería para nosotros un personaje más de la historia humana, sin que reclamara de nosotros una adhesión de fe que compromete toda nuestra persona.

Ofrecemos a continuación algunas reflexiones sobre estos dos puntos señalados. Empezamos por el segundo (el hecho de la resurrección), para terminar con el primero (qué significa Cristo resucitado y cuales son nuestras actitudes ante este misterio).

El hecho de la resurrección

El texto más antiguo del Nuevo Testamento que nos relata este acontecimiento es el de 1Cor 15, 3-8. Junto a este texto, todo el Nuevo Testamento hace referencia al hecho, sobre todo los relatos que nos transmiten los cuatro evangelios (Conviene releerlos detenidamente: Mt 28, Mc 16, Lc 24, Jn 20-21).

De todos estos textos sobresalen estos datos:

- A tercer día de la muerte de Jesús, las mujeres y los discípulos encuentran el **sepulcro vacío**. He aquí la primera sorpresa en el ánimo de aquellos hombres y mujeres desilusionados por la muerte de su Maestro.

El dato del sepulcro vacío es un dato constatable. Lo fue entonces, y lo sigue siendo hoy. El lugar donde fue depositado el cadáver de Cristo está vacío. Desde aquel día hasta hoy, los cristianos guardan esta preciosa reliquia.

El sepulcro vacío no prueba que Cristo haya resucitado, pero es un dato muy interesante que invita al que se encuentra con él a la búsqueda de Cristo. De esta búsqueda es un buen ejemplo María Magdalena (leer Jn 20, 11-18). ¿Dónde está el cadáver de Cristo? –No está en el sepulcro, como lo está el de los demás mortales.

- En medio de esta búsqueda ansiosa, Jesucristo **se hace visible** a sus discípulos cuando él quiere y donde él quiere. Durante la vida terrena de Jesús, podían ir a verle y encontrarle en los lugares por donde iba pasando. Ahora no. Se aparece de improviso, no le conocen, de pronto le reconocen porque él se da a conocer. Una cosa está clara: los discípulos no dominan la situación, ni pueden manipular las apariciones del Señor.
- Jesucristo tiene sumo interés en mostrar que **no es un fantasma**. Aunque no le reconocen a la primera, porque está transformado, le identifican, cuando él se les manifiesta, por los gestos y los rasgos de su existencia terrena. «Les mostró las manos y el costado» (Jn 20, 20). Es muy expresivo en este sentido el relato de la aparición de Tomás, el incrédulo (leer Jn 20, 24-29). Con ello, Jesucristo quiere dejar claro que no es simplemente espíritu, sino que ha resucitado con su cuerpo; ese cuerpo que depositaron cadáver en el sepulcro, y que ha desaparecido de allí.
- Pero uno se pregunta: ¿No puede ser todo esto una ilusión colectiva de unos discípulos que añoraban a su Maestro? Y si esto fuera así ¿Cómo apoyar nuestra fe en una pura ilusión, aunque esta ilusión se haya producido con la mejor buena intención?

Ante esta pregunta, solo exponemos dos datos entresacados de los mismos relatos evangélicos, cuyo valor histórico es innegable:

1. Jesucristo se aparece en distintos lugares y a distintas personas sin que éstas hayan podido ponerse previamente de acuerdo (el texto de S.Pablo –1Cor 15, 3-8– señala hasta más de 500 personas / Los relatos de los evangelios nos refieren distintas apariciones). Aquel mismo día, después de haberse encontrado con Jesucristo Resucitado, todos van acudiendo al Cenáculo,

lugar donde habían tenido la última reunión (la Última Cena) con el Maestro. Aquel era el lugar de referencia, y allí coinciden unos y otros para comunicarse la noticia de que «le han visto resucitado». Ese mismo día, al atardecer, Jesucristo se hace presente en medio de todos para confirmarles en la misma certeza.

2. La cosa no estaba para ilusiones de este tipo. El ánimo de los discípulos está por los suelos. Incluso ha empezado la desbandada. Algunos vuelven a sus casas. Todo lo anterior les había parecido un sueño que había terminado en pesadilla (leer Lc 24, 13-35).

Psicológicamente es inexplicable un cambio tan radical y tan rápido, en tantas personas y en distintos lugares a la vez. Aquí ha pasado algo. Tengamos en cuenta que la fe en la resurrección de Cristo no es cosa que se haya ido formando con el paso del tiempo, sino que ha sido repentina (había pasado solamente día y medio desde la muerte). La psicología humana es incapaz de pasar tan rápidamente de una situación de desolación a una situación de gozo desbordante. Y esto no solo en una persona, sino en muchas a la vez... y por caminos distintos.

Solamente el hecho de la resurrección y el encuentro con el Resucitado explica satisfactoriamente esta rara situación.

Pero, ¡atención! No se trata aquí de un razonamiento humano cuya conclusión evidente sea: Cristo ha resucitado. Solo podemos afirmar que «Cristo ha resucitado» por la fe. Y la fe, en último término, es un don, es algo que se nos da, no es nunca algo que nosotros fabricamos con nuestros razonamientos o con nuestra imaginación. La fe tampoco es fruto de muchos estudios...

Sin embargo, el razonamiento que hemos hecho no es inútil. Es más, todo creyente debería poder dar razón de su fe a quien se lo pida. Y para ello, según su capacidad, todo creyente está obligado a 'estudiar' los fundamentos de su fe.

- Para uno que ya cree, el estudio de los fundamentos de la fe le hace ver que su fe es razonable y no fruto de una ilusión calenturienta. El razonamiento, hecho desde la fe, refuerza la convicción de la fe.
- Y para uno que no cree, todos estos razonamientos le ofrecen unos datos que quedan sin explicación si no se admite la resurrección de Jesucristo. Estos razonamientos pueden eliminar muchos obstáculos en el camino hacia la fe. Fe que Dios siempre concede al que sinceramente se dispone a recibirla.

Por último, hay que tener en cuenta que los discípulos fueron testigos de esta gran noticia no solo con la palabra, sino con toda su vida. El encuentro con Cristo resucitado transformó su vida entera, y les dio tanta fuerza que llegaron a ser capaces (¡ellos que se habían mostrado tan cobardes!) de dar su vida al servicio de esa verdad.

Por tanto, creemos en Cristo Resucitado porque creemos en el testimonio que la Iglesia nos transmite, apoyándose en la palabra de aquellos hombres que convivieron con Él durante su vida terrena, que fueron testigos de su muerte en la cruz, y que le vieron resucitado al tercer día de su muerte. Asistida por el Espíritu Santo la Iglesia ha ido transmitiendo esta noticia de generación en generación. Y esta noticia ha transformado la vida de millones y millones de personas, y ha dejado su huella imborrable en la historia de los hombres...

Nosotros recogemos hoy esta antorcha, en el seno de la Iglesia, para dejarnos iluminar y transformar por la luz y la verdad de Cristo resucitado.

Si nos hemos encontrado con Cristo Resucitado, será prueba de ello el testimonio que con nuestra palabra y nuestra vida demos ante los demás de esta noticia salvadora.

Significado de la resurrección de Cristo

Cristo resucitado significa CRISTO GLORIOSO. Es decir, Jesucristo en su humanidad (una humanidad semejante a la nuestra) participa de la gloria del Padre en todos los aspectos posibles.

Jesucristo es humanamente Hijo de Dios desde su concepción en el seno de María. Pero Él quiso voluntariamente sumir las limitaciones de la existencia terrena. Ahora, ya resucitado, Jesucristo está

libre de todas esas limitaciones. Su humanidad, que había quedado destrozada por la muerte, está ya plenamente unida al Padre sin ningún obstáculo terreno. Y esto para siempre.

Cristo resucitado significa CRISTO VICTORIOSO. Ha llegado a esta situación como fruto de una lucha, en la que ha habido sangre por medio. Cristo resucitado ha vencido la muerte, ha vencido al pecado y ha vencido al demonio. La resurrección es al mismo tiempo **don** del Padre y **premio** a su actitud obediente.

En Cristo resucitado se manifiesta plenamente el amor del Padre a su Hijo. Dios Padre dispuso que su Hijo se hiciera hombre para llevarlo, por el camino de la cruz, a la resurrección. En Cristo resucitado se manifiesta la gloria de Dios, y su plan sobre el hombre: Dios quiere conducirnos, por el mismo camino, a la resurrección.

Cristo resucitado es fuente de vida victoriosa para todos los hombres, ya aquí en la tierra, y plenamente en el cielo. Su humanidad resucitada es el canal a través del cual Dios Padre difunde su Espíritu Santo a todos los hombres, haciéndolos hijos suyos y hombres nuevos.

Actitudes ante este misterio

La contemplación de la gloria de Cristo produce en mí:

- **Alegría real.** Si le amo, me alegraré de su gloria inacabable. Y esta alegría es real, porque es anticipo de la alegría eterna, y, por tanto, no es pasajera ni inconsistente.
- **Admiración.** Es un misterio que no puedo comprender, pero que estoy llamado a contemplar, a vivir desde él, dejando que me ilumine y transforme mi vida.
- Caigo en la cuenta del **amor que Cristo me tiene.** Resucita para que yo viva en su vida real, sobrenatural, una vida eterna. Ahora lo vivo en condiciones terrenas, pero pronto (¡muy pronto!) en sus mismas condiciones celestiales.
- Y esto **para cada uno** que lo quiera recibir. Jesucristo ama a cada persona, y a cada una quiere comunicarle su gloria de resucitado. Solo esto nos asegura la posibilidad de amores aquí en la tierra, de amores y amistades genuinas, puesto que gracias a tal resurrección son ya eternas.
- **Confianza.** La resurrección manifiesta la eficacia del amor divino por parte de las Personas divinas, y la realización eficaz del deseo de unión para siempre. Pueden hacerlo, y lo han demostrado.
- **Esperanza:** en mi propia resurrección, que ya ha comenzado por el bautismo, y que afectará incluso a mi cuerpo.
- **Relativización** de los bienes de este mundo, que en cuanto son de este mundo, son pasajeros, aunque sean buenos. Relativización también de los males: "...todo pasa" (Sta. Teresa).
- **Deseo** de vivir esto en **plenitud.** Y esta plenitud depende de mi acogida a Cristo resucitado, a su acción en mí por el Espíritu.
- Conciencia de su **acción en mí.** Resucitado ya, no está limitado por el espacio ni por el tiempo. Y puede actuar en mí plenamente, habitar en mí, al mismo tiempo que actúa en otros.
- **Aprecio de la Eucaristía.** Ahí está realmente presente, resucitado y resucitador para todo el que se acerca a Él. Su acción la ejerce sobre todo desde ahí. La Eucaristía es la fuente de la vida de la Iglesia, y de cada cristiano.

